

Gonzalo Garcés

El refugiado





Seix Barral Biblioteca Breve

Gonzalo Garcés

El refugiado

1

Esto que voy a contar ahora, pocos lo saben. Pertenecer a un país roto ya era bastante difícil. Pero descubrir la verdad es peor. No creo que las cosas que voy a contar hagan feliz a nadie. Pero tampoco pienso cargar con esto yo solo.

En abril del año pasado la revista *Historia Viva* me encargó un artículo sobre un hecho pintoresco: un barrio de Buenos Aires, en 1884, declaró la independencia y se constituyó en República. Esa misma semana conocí a una mujer. Era un punto bajo de mi vida: me había divorciado unos meses antes, mi carrera de cronista parecía haberse agotado antes de empezar. Después de enseñar por años en la escuela de periodismo, un amigo editor había mostrado interés en mis proyectos de escribir y me animé a renunciar a mis clases. Me imaginaba indagando los entretelones de la política o revelando al mundo comunidades patagónicas o

sectas religiosas desconocidas, a la manera de Tom Wolfe o Leila Guerriero, pero todo quedó en nada. Tuve que volver a dar clases de periodismo y colaborar en revistas de mala muerte. Mi tendencia a la ansiedad y la dispersión, ya sin proyectos o ilusiones para contenerlos, se dispararon. Un día, de la nada, me llega un mensaje de una lectora: decía que había leído un relato mío, en no sé qué blog fantasma, y explicaba por qué le gustaba. Me animé a proponerle que nos viéramos. Soy una persona algo melancólica y poco dada a asumir riesgos, pero también soy capaz, cuando hace falta, de ofrecer una imagen de desenfado alegre y de entusiasmo juvenil. Todavía me las ingenio para dar la impresión, sobre todo a las mujeres, de que hay más en mí de lo que muestran mis circunstancias; de que tengo un *futuro*.

El encuentro fue bueno. Ella tenía dos entradas para el teatro (resultó que era empleada del Ministerio de Propaganda, categoría C, con acceso a las tiendas reservadas y los locales de entretenimiento) y también eligió el lugar para comer después. Me gustó que fuera así: resuelta. Me contó que trabajaba en el ministerio desde los diecinueve años y que siempre había usado cada peso que ahorraba para comprar libros, ir al cine y al teatro, tomar cursos de actuación o de fotografía. Tenía un pelo castaño muy largo, que me gustó mucho, y cuando yo hablaba se quedaba mirándome con una sonrisa muy grande, con los ojos un

poco vagos, como si pensara en otra cosa; en algo que le gustaba, en todo caso. Varias veces se nos acercaron figuras de aspecto peligroso, y también los inevitables chicos que venden drogas o sus cuerpos, y cada vez Emilia (se llama así) los esquivó sin asustarse, como alguien que se toma en serio los peligros de la ciudad, pero que también sabe lidiar con las cosas.

Mientras comíamos me preguntó por mi artículo para *Historia Viva*. Se lo expliqué. A fines del siglo XIX, los inmigrantes genoveses que poblaban el barrio de La Boca se rebelaron contra el servicio militar; otros dicen que la razón fueron los impuestos demasiado altos. El caso es que proclamaron una república independiente, crearon una bandera, eligieron autoridades. Pocos los tomaron en serio, pero todavía, en las ferias de antigüedades, se pueden encontrar postales con el sello que dice: *República de la Boca*. “Unos precursores”, dijo Emilia, aludiendo a la situación que todos conocemos, pero ninguno tenía ganas de hablar de eso. Intercambiamos las quejas habituales sobre la Argentina: que acá no había esperanza, que mucho cambio de régimen y mucha regeneración de la Patria, pero para conseguir un paquete de fideos o un pantalón tenías que hacer contorsiones, que el viejo sistema de partidos habrá sido corrupto pero al menos podías criticarlo, mientras que ahora desaparecían cada vez más opositores, etcétera. Cuando le hablé de mis

proyectos de libros (que presenté como si todavía fueran proyectos y no, como eran en realidad, veleidades más o menos abandonadas), me dijo:

— Vos tendrías que entrevistarlo a Cossa.

— ¿El periodista? Dicen que es un payaso.

— No es un payaso. No seas prejuicioso.

Si lo sabría ella, me dijo, que había pasado en limpio las noticias falsas que hacía circular el gobierno para desacreditarlo. Los ojos le brillaban; tenía pestañas muy largas, creo que postizas. Le pregunté por qué, si trabajaba para desacreditar a lo más parecido que tenía este país a un periodista opositor, en privado lo defendía, y me dijo que no me confundiera, que ella hacía su trabajo como todo el mundo, pero que en el ministerio todos despreciaban al gobierno.

— Igual me gusta que me digas *no seas prejuicioso*. Parece que fueras mi novia.

— Si fuera tu novia, me estarías besando.

A la mañana siguiente, cuando salí de su casa, me repetí que no me convenía engancharme tan pronto en una relación, que era mejor guardar la distancia o, mejor todavía, no llamarla más, y la inquietud con la que pensé esas cosas fue el primer indicio de que me estaba enamorando de Emilia.

2

La revista *Historia Viva* aceptó sin entusiasmo mi artículo, pero yo solo pensaba en entrevistar a Cossa. ¿Y si era, como había dicho Emilia, lo que necesitaba para revivir mi carrera? (En mi entusiasmo, pensé que tenía una carrera). Busqué lo que había sobre él: nacido en 1993, fue comediante de *stand-up* antes de brillar en el periodismo de investigación. Tuvo dos programas de televisión muy exitosos, *Las Cossas por su nombre* y *La verdad no ofende*, que rompieron récords de audiencia. Su voz en la radio era inconfundible. Durante unos años incursionó en la política profesional y llegó a ser diputado, pero nunca pareció cómodo en ese papel. En algún momento, sin embargo, fue tan popular que se habló de él como posible candidato a presidente. Cuando empezó la gran crisis, hacía ahora veintidós años, fue uno de los primeros en advertir que el movimiento independentista en el noreste

debía tomarse en serio; y cuando dos años más tarde se produjo la Secesión, a diferencia de tantos indecisos, reclamó que enviaran tropas a aplastarla.

Hay fotos de Cossa con casco, metido en una trinchera, poco antes del comienzo de la guerra, con expresión sombría. En otra aparece ayudando a atender heridos en un hospital de Concordia. En internet hay una entrevista, que ofreció poco antes de nuestra rendición, donde dice: “El hambre y la violencia que ha sufrido la Argentina en estos años son graves, pero la creación de un Estado independiente en el noreste es un desastre del cual nuestra democracia no podrá reponerse”. Tuvo razón: dos meses después de proclamado el Estado Libre, el gobierno argentino fue depuesto por un golpe que instaló a un presidente con plenos poderes, redujo el Congreso a una mascarada y sometió a la prensa. El nuevo presidente declaró que todas nuestras desgracias, y en primer lugar la Secesión, venían de que habían prevalecido el ateísmo y el culto de los bienes materiales. Exaltó la confluencia feliz de la espada de Belgrano, la filosofía de Gentile y la palabra de la Santa Iglesia: la nueva Argentina sería marcial, social-nacionalista y católica (y con unos 90.000 kilómetros cuadrados de territorio menos).

Cossa, que había ayudado con sus diatribas a la caída del viejo régimen de partidos, al principio fue visto como un aliado del nuevo; hasta se rumoreó que iban a nombrarlo canciller. Pero el 2 de marzo, imprevisiblemente, cruzó a Brasil y desde

ahí denunció que el gobierno buscaba detenerlo, tal vez matarlo, por la información que tenía. “Si hablo, este gobierno se cae”, se ufanó. Muchas versiones recorrieron las redes sociales; se dijo que Cossa tenía pruebas de crímenes monstruosos perpetrados por el Presidente y su familia. Los menos imaginativos dijeron que al nuevo gobierno, en realidad, lo controlaban los chinos; otros, que era un títere de la CIA. Durante algunas semanas la Argentina, que es un país adicto a los efectos dramáticos, estuvo pendiente de esas revelaciones que todos pensaban que cambiarían la historia nacional; y como pasa siempre, ni las revelaciones ni el cambio ocurrieron, y cada uno fue buscándose otros objetos para su hambre de emociones fuertes.

Cossa, al final, volvió a Buenos Aires y no le pasó nada, ya fuera porque había llegado a alguna clase de acuerdo con el gobierno o bien porque su fama (que ahora era internacional: tanto *Der Spiegel* como el *New York Times* habían publicado perfiles de él, y se hablaba de una *biopic* en Net+) lo protegía. Caminó hasta su casa, seguido por los flashes y los micrófonos; en la puerta se dio vuelta a saludar, agitando una mano curiosamente chica y ofreciendo una sonrisa apretada, y no volvió a hacer declaraciones públicas hasta que, cinco o seis años después, reapareció tan campante en los programas de noticias, ya sin ocultar su calvicie, usando sacos rojos y anteojos de marco blanco y criticando al gobierno por cuestiones como el estado

de los teatros nacionales o el problema de la burocracia provincial, pero nada remotamente tan explosivo como las revelaciones que había prometido años antes. El gobierno se resignó a tolerarlo, o tal vez era que, así domesticado, les servía de coartada: ¿quién podía negar que había libertad de prensa en la Argentina?

En las redes sociales la oposición, o lo que quedaba de ella, se resarcía de haber creído que Cossa era el último héroe que quedaba en el país vociferando que jamás había existido una basura mayor. @MaloPeroBarato dijo: “¿Cossa? Pensar que lo vendieron como opositor y siempre estuvo a sueldo del régimen. #DatoNoOpinión”. A su vez, la exageración de su maldad no tardó en inspirar la exageración de su insignificancia. @GatoConBolas dijo: “¿Cossa? ¡Un limitado! Se sabe que no puede ni escribir su nombre y lo quieren vender como un genio del mal. #SeSabe”. En resumen, cuando yo empecé a tirar cabos para acceder a Cossa, el tipo había alcanzado ese estatus ideal donde cada uno proyecta en él sus angustias o sus deseos y su nombre gravita, sin que nadie sepa con seguridad por qué, en la imaginación de todos.

Tuve suerte: la prima del director de *Historia Viva* era novia de un productor del canal que frecuentaba Cossa, y ese productor era amigo del asistente de nuestro hombre. Varios me pasaron números de teléfono, agregando, como hacen todos siempre: “Ojo que yo nunca te lo di”. Tres semanas

después me anunciaron el día y la hora de la entrevista. Lo primero que hice fue llamar a Emilia para contárselo.